

acerca de la apertura y forma del congreso, y sobre todo acerca de la manera de repartirse en él la influencia. Era extraño y aun risible ver á los *cuatro* abrogarse así la soberanía universal, en virtud de una conformidad que su avaricia hacía imposible, y que debía romperse con estruendo al simple anuncio de sus pretensiones recíprocas. De este modo, no había que inquietarse mucho por sus manejos. Sin embargo, tan luego como sus proposiciones fueron adivinadas, y para esto bastaron pocos días, excitaron un clamoreo general. Todos aquellos que se veían excluidos de las deliberaciones, y que temían que esta exclusión fuese un modo de sacrificarlos, se sublevaron, preguntaron por qué razón querían hacerlo todo entre cuatro, seis ú ocho, y por qué no se convocaba al congreso en masa. La legación francesa, profundamente ofendida al ver que no contaban con ella para los acuerdos secretos y preliminares, propagó la idea de que debía reunirse el congreso, y esta idea fué aceptada con entusiasmo por los excluidos, que componían la mayor parte de los interesados. Con efecto, encontró un partidario celoso en el señor de Labrador, representante de España, hombre prudente, que á pesar de la mala inteligencia que reinaba entre las cortes de Madrid y París, no había creído conveniente obrar de acuerdo con esta mala inteligencia en Viena, deseando que las dos casas de Borbón, cuyos intereses eran los mismos, no tomaran más que una sola actitud, no siguiesen más que una sola conducta, no empleasen más que un solo lenguaje. Tenía, pues, por tipo á Mr. de Talleyrand, adoptaba sus ideas y repetía sus discursos. De este modo, bajo la influencia de los intereses comprometidos, no se oía en los salones de Viena más que una sola pregunta: ¿Cuándo se reunirá el congreso? ¿De qué modo será convocado?

Reunirle en masa asustaba á los *cuatro* en vista del estado en que se hallaban los ánimos; y sin embargo, era de todo punto necesario dar señales de vida, decir algo á los numerosos diplomáticos reunidos en Viena desde hacía tres ó cuatro semanas y aguardando vanamente cualquier comunicación. Los *cuatro* resolvieron, pues, de conformidad con lo que entre sí habían pactado, hacer tomar á las ocho potencias signatarias del tratado de París la iniciativa, al menos aparente, de las operaciones del congreso, y publicar una declaración en la cual, fundándose en el artículo 32 del tratado que convocaba en Viena á los representantes de la Europa, se anunciaría que todos se hallaban allí reunidos; que habían procedido á un examen previo de las graves cuestiones que debían resolver, pero que todavía no habían podido ponerse completamente de acuerdo; que por consecuencia no empezaban las sesiones hasta después de un mes, durante el cual procurarían armonizar los intereses, conciliar las aspiraciones, y que, pasado este tiempo, se convocaría al congreso del modo más conveniente para dar á las resoluciones que se adoptasen un carácter oficial y auténtico.

En vista de este proyecto, resolvió Mr. de Metternich reunir en su casa, no á los ocho signatarios del tratado de París, sino á los seis principales plenipotenciarios que, según su pacto, formado de antemano y en secreto, debían formar el gran comité europeo, es decir, á los ministros de Austria, de Inglaterra, de Rusia, de Prusia, de Francia y de España, y allí sometió á su deliberación

la declaración proyectada. Esta reunión, por la forma en que estaban concebidas las invitaciones, consistentes en esquelas confidenciales, debía tener un carácter puramente privado, sin anunciar otro deseo que el de ponerse de acuerdo acerca de la manifestación que indispensablemente se hallaban en el deber de publicar. Los representantes fueron convocados á ella el 29 para verificarla el 30 de septiembre, con la intención de fechar la declaración el 1.º de octubre, y aplazar la reunión del congreso para el 1.º de noviembre.

Mr. de Talleyrand, después de haberse puesto de acuerdo con el señor de Labrador, aceptó aquella junta de los ocho signatarios del tratado de París, reducidos á seis; y acudió á ella el último, con la actitud á un tiempo altiva y descuidada que le era habitual, con aquel rostro indiferente, alterado apenas por una ligera ironía. Encontró reunidos en casa de Mr. de Metternich, y alrededor de una mesa, á Mr. de Nesselrode en nombre de la Rusia, á lord Castlereagh en el de la Inglaterra, á Mr. de Metternich en el del Austria, á M. de Hardenberg y de Humboldt en el de la Prusia, al señor de Labrador en el de la España y por último al célebre libelista de Gentz, encargado de tomar acta de las conferencias. Tomó asiento al lado de Mr. de Metternich y de lord Castlereagh con la misma naturalidad que lo hubiera hecho en su casa, y después preguntó con una especie de indiferencia, cuál era el objeto de la reunión, y bajo qué títulos habían sido llamados á ella. Usando de la palabra para satisfacer á las preguntas del plenipotenciario francés, dijo Mr. de Metternich que se había querido reunir á los jefes de gabinete para que se pusieran de acuerdo respecto de una declaración que debía hacerse, no sólo por ser oportuna, sino por ser indispensable. «Los jefes de gabinete, decís...—repuso Mr. de Talleyrand, dirigiendo una mirada á los asistentes,—pero carecen de esta cualidad el señor Labrador y Mr. de Humboldt.» Mr. de Metternich respondió entonces con cierto embarazo que no teniendo España otro representante en Viena que el señor Labrador, había sido preciso convocarle, y que Mr. de Humboldt se hallaba allí para auxiliar á Mr. de Hardenberg, quien padecía una completa sordera. «Si los achaques son un título, dijo Mr. de Talleyrand, yo hubiera podido también hacerme acompañar.» Después de esto preguntó por qué eran seis y no ocho; si había querido reunirse allí á los signatarios del tratado de París; por qué no se encontraban alrededor de aquella mesa todos los interesados en los negocios que el congreso se disponía á tratar, y en una palabra, por qué iban á decidir seis los intereses de todos. A estas observaciones se hizo presente que sólo se trataba de una simple declaración preliminar, que esta declaración convenía más que á nadie á los signatarios del tratado de París, que habían sido los promovedores de la reunión del congreso, y que además, para juzgarla, era necesario oírlos, con cuyo motivo se procedió sin pérdida de tiempo á su lectura.

El texto de este documento contenía la palabra *aliados* muchas veces repetida, y empleada de tal manera que aludía evidentemente á las potencias beligerantes, que habían pactado contra la Francia la alianza de Chaumont. Mr. de Talleyrand interrumpió la lectura, al escuchar la palabra *aliados*, y dijo: «Yo no conozco ninguna clase de aliados, porque aliados suponen la

guerra, y la guerra ha concluído el 30 de mayo de 1814.» Después escuchó la declaración con la actitud de un hombre que no comprendía lo que oía, y que ciertamente no podía ser acusado de falta de inteligencia. De este modo, desconcertó á los asistentes con sus sorpresas y con sus repetidas preguntas, poniéndolos en una confusión indescriptible. «Yo no sé, dijo, bajo qué título nos hallamos aquí ni con qué derecho podemos representar á todas las cortes; no sé quiénes son los que se llaman aliados ni los que deciden aplazar la reunión del congreso á un mes, en vez de convocarlo inmediatamente, al menos para ratificar los poderes. Esto es lo que debía hacerse, fijándose en seguida la forma y la época de la tarea que tenemos que desempeñar.»

Mr. de Metternich respondió que no se detenía en la cuestión de palabras, y que la de *aliados* derivaba de la costumbre de pronunciarla. «Costumbre que debe perderse,» dijo Mr. de Talleyrand, interrumpiendo á monsieur de Metternich. Éste contestó que no se podía, sin embargo, formar una asamblea deliberante, pues se tendría que determinar á los que se convocasen el título por el cual se les admitía, y el grado de participación que se concedería á cada uno de ellos; que no era posible dar á un príncipe dueño de cincuenta mil súbditos el derecho de decidir los intereses de la Rusia, que poseía cincuenta millones; y en fin, que se trataba de declarar la apertura del congreso, y pedir un mes de tregua para restablecer el acuerdo entre los principales interesados por medio de comunicaciones confidenciales.

Estas razones, excelentes si no hubieran ocultado la segunda intención de hacerlo todo entre los *cuatro*, no produjeron gran impresión en Mr. de Talleyrand, y continuó siendo indiferente á todos los argumentos. «Sin embargo, dijo Mr. de Hardenberg, nosotros no podemos consentir que decidan los asuntos de la Europa los príncipes de Lippe y de Liechtenstein.—Tampoco podemos nosotros hacerlos decidir por los representantes de la Prusia y de la Rusia,» replicó Mr. de Talleyrand. Habiendo uno de los presentes citado al príncipe Murat como una prueba de la dificultad de determinar los títulos de admisión al congreso, Mr. de Talleyrand respondió con singular desprecio: «No conocemos á ese hombre.» En una palabra, hizo cesar la conferencia, sin que se hubiesen puesto de acuerdo, y dejando á los asistentes en una embarazosa posición.

Seguramente que era un triunfo haber impedido que el carro de las cuatro potencias aliadas rodara tranquilamente sobre el suelo de Viena. Pero era preciso no llevar este triunfo demasiado lejos, pues cualquiera política que se adoptara, tanto la de adherirse á la Prusia y la Rusia para mejorar la condición de la Francia como la de adoptar el partido del Austria y de Inglaterra para salvar á Sajonia, había en ella dos potencias que importaba desunir de las otras y era preciso ni irritar mucho ni poner muchas trabas. Bastante escándalo ocasionaría la prisa que se darían en divulgar esta escena todos aquellos que temían ser excluidos, y que se regocijaban al ver desbaratado el proyecto de exclusión. Con efecto, no faltaron, y por todas partes fueron á referir la tentativa que se había hecho para diferir aún más la reunión del congreso, para concentrar la dirección de los negocios entre las cuatro potencias, y la resistencia contra la cual se había estrellado esta tentativa. Los *cuatro*, por

el contrario, y los prusianos especialmente, tuvieron gran cuidado de repetir lo que habían dicho, que la Francia trataba en vano de ocultar sus miras secretas; que en el fondo, no estaba más que en apariencia resignada con el tratado de París; que ansiaba la línea del Rhin, y que quería enredarlo todo para conseguirla; calumnia poco merecida, y á la cual fué preciso responder una vez más con afirmaciones de desinterés que eran un nuevo compromiso de no desear nada y de no pedir nada más allá del tratado de París.

Mr. de Talleyrand agravó esta especie de escándalo, redactando una nota perfectamente motivada y difícil de refutar, en la cual demostraba que seis potencias, lo mismo que ocho, no podían resolver las cuestiones de todas las demás; que sin duda, habiendo sido convocadas á Viena por el tratado de París, era natural que tomaran la iniciativa de la primera declaración, pero que esta declaración debía ser conforme á los derechos y conveniencias de la generalidad de los otros Estados; que para llenar esta condición era preciso primero convocar á todos los plenipotenciarios, que esto serviría para sancionar sus poderes y constituir el congreso; que en seguida se podría ó dividirlos en comités á fin de examinar las cuestiones que les interesasen particularmente, ó suspenderlos, si aún se tenía necesidad de algunas comunicaciones confidenciales para entenderse; que esta primera reunión no tenía el inconveniente que se le suponía, pues los Estados secundarios no abrigan seguramente la pretensión de decidir los negocios de los principales, y se limitarían á resolver los suyos; que, á lo sumo, estos inconvenientes, si eran reales, se hallarían más tarde en el mismo caso; que era preciso, pues, reunirse todos previamente, al menos una vez, para ratificar sus poderes, por más que aplazasen la reunión general al día siguiente, y que la incumbencia de los ocho signatarios de París debía consistir, exclusivamente, primero en convocar esta previa reunión, y segundo en determinar el título por el cual serían admitidos á ella los representantes.

Toda la intención de esta nota, lógicamente irrefutable, estaba en la última proposición. En efecto, Mr. de Talleyrand quería que se determinara el título de admisión en el congreso de tal manera, que pudiese ser admitido el representante del rey de Sajonia y rechazado el del rey de Nápoles. A la simple lectura de la nota francesa hubo grandes exclamaciones por parte de Inglaterra, de Austria, de Rusia y de Prusia. Primeramente querían estas potencias hacerlo todo amigablemente y sin ruido, por el temor de advertir y amotinar á los interesados. Después, la idea de reunir un congreso causaba una especie de estremecimiento á la Prusia, que temía una tempestad con sólo la reunión de dos alemanes, para hablarles de la supresión de la Sajonia. Ahora bien: esto era hacer más que hablarles, esto era resolver la cuestión de admitir en el congreso al representante del rey Federico Augusto, como era también resolver la cuestión de Nápoles desechando al representante de Murat. Este último, aunque no inspiraba interés á nadie, era objeto de algunas atenciones por parte de Mr. de Metternich, atenciones atribuídas por los calumniadores á una extremada complacencia de este hombre de Estado hacia la reina de Nápoles; pero se equivocaban, pues eran otros los verdaderos motivos. Mr. de

Metternich se había servido de sus relaciones personales con la corte de Nápoles para arrastrarla á la coalición, resultándole de esto un compromiso moral que no le permitía absolutamente abandonar á Murat, si éste por alguna grave falta hacia la Europa no se entregaba por sí mismo. Esta falta era muy probable que la cometiese, y Mr. de Metternich quería esperarla, para no aparecer en algún modo culpable de traición. Además, teniendo para todo evento reunidos en Bohemia, Galitzia y Moravia doscientos cincuenta mil hombres, para apoyar su política contra las pretensiones de la Prusia y de la Rusia, y no teniendo más que cincuenta mil en Italia, donde todas las cabezas fermentaban y donde Murat contaba con ochenta mil hombres, conducidos en parte por oficiales franceses, no quería, como decía con mucha razón, *encender fuego en todas partes*. Al mismo tiempo, hallándose con respecto á Nápoles muy solícito en complacer á Luis XVIII, la legación francesa hubiera podido abundar en los cálculos del ministro austriaco, toda vez que sus miras eran semejantes á las nuestras, con la diferencia de que él quería ganar tiempo, y sabía mejor que nosotros lo que tenía que hacer para conseguir su objeto.

Mr. de Gentz, muy violento con la pluma en la mano, era infinitamente más moderado en las relaciones de negocios. Corría de una á otra legación, visitaba especialmente la de Francia para conseguir una conciliación, pues conocía, y conocían como él, que era preciso contentar á muchos descontentos si se quería evitar un rompimiento. Convinieron pues en verse, y en efecto los seis se reunieron en casa de Mr. de Metternich. Lo primero que se pidió á Mr. de Talleyrand fué que retirara su nota, á la cual era difícil no contestar y más difícil aún contestar sin tocar cuestiones sumamente delicadas. Mr. de Talleyrand estaba defendiéndose contra semejante exigencia, cuando el señor de Labrador cortó la cuestión, diciendo que la supresión deseada era imposible, en vista de que la nota había sido ya remitida á su corte. Mr. de Metternich, cediendo á un movimiento de cólera, se dirigió á Mr. de Nesselrode, diciéndole: «Creo que habríamos hecho mejor en tratar los negocios entre nosotros. — Haced lo que gustéis,» contestó Mr. de Talleyrand; y queriendo Mr. de Metternich que se explicara un poco más, añadió: «No volveré á presentarme en vuestras reuniones, y esperaré, como miembro del congreso, á que sea convocado.»

Esto era anunciar que, á la cabeza de los disidentes, la Francia pediría la reunión general del congreso, negándose á reconocer todo cuanto se hiciera fuera de él. La amenaza era de las más graves. Así es que todos los asistentes, deseando no llevar las cosas al extremo, se esforzaron por contenerse, y ser más moderados en sus deliberaciones. Habiendo hecho Mr. de Metternich á Mr. de Talleyrand la observación muy justa de que nada estaba arreglado, que ninguna cuestión estaba examinada, y que sería muy difícil presentarse en este estado al congreso, Mr. de Talleyrand le respondió que estaba dispuesto á presentarse en la época de la convocación, y á conceder las tres ó cuatro semanas que creían necesarias para prepararse á los trabajos, pero con la condición de que admitirían más tarde la reunión que entonces rechazaban, y que determinarían aproximadamente en estos términos el principio de admisión: *Será*

*admitido el representante de todo príncipe que tenga territorios comprometidos en la última guerra, y en los cuales hubiese sido anterior y universalmente reconocido por soberano, sin haberlos abandonado ni por cesión ni por abdicación.*

De este modo, caían otra vez en la dificultad principal, pues este principio excluía á Murat, que no había sido *universalmente reconocido como soberano*, y admitía al rey de Sajonia, que no había cedido sus territorios *ni por cesión ni por abdicación*. Esto era resolver por una cuestión de forma la cuestión de fondo, respecto de dos puntos, los más difíciles que tuvo que dilucidar el congreso. No pudieron ponerse de acuerdo y se separaron. Mr. de Castlereagh, al salir de esta reunión, intentó avenir á razones á Mr. de Talleyrand, insinuándole que, por su obstinación, entorpecía sin conocerlo las soluciones que más le interesaban. Desgraciadamente, no queriendo confesar que la Inglaterra y el Austria estaban prontas á separarse de la Prusia y la Rusia, é ignorando el arte de decir las cosas con medias palabras, no consiguió hacerse entender. Por su parte, Mr. de Talleyrand se hallaba demasiado comprometido para poder retroceder con facilidad.

Por consiguiente, por una y otra parte se conocía la necesidad de transigir, pues los *cuatro* reconocían que el proyecto de resolverlo todo entre ellos solos, no admitiendo á los ocho ó los seis más que por fórmula, era imposible de realizar en presencia de tantos intereses alarmados; y el mismo Mr. de Talleyrand, aunque más animado que de costumbre, conocía que, hostigando sin cesar á Mr. de Metternich y á lord Castlereagh, principalmente á Mr. de Metternich á quien no podía ver, concluiría por unir indisolublemente á los *cuatro*, los cuales llevados al extremo se entenderían quizás sacrificando todos los intereses que la legación francesa tenía misión de defender.

Estaban, pues, dispuestos á las concesiones, y después de tres ó cuatro días de nuevas idas y venidas concluyeron por transigir, sirviéndose de la hábil pluma de Mr. de Gentz, y quitando alguna cosa al proyecto de declaración de cada uno. De esta suerte, redactaron un programa muy general y muy evasivo, que concedía á Mr. de Talleyrand, como punto esencial, la reunión del congreso en el término de un mes, y á Mr. de Metternich y de Hardenberg otro, también muy esencial para ellos, el del silencio sobre el principio de admisión. Con efecto, en este programa se decía que los representantes de las ocho potencias signatarias del tratado de París, habiendo cumplido este compromiso; que habían acudido á la corte de Austria y habían ya conferenciado con los representantes de las diversas cortes interesadas; pero que, para ponerse de acuerdo, les faltaban largas comunicaciones confidenciales, con cuyo motivo proponían la convocación del congreso para el 1.º de noviembre; que, después de este término, el congreso se reuniría y se hallaría más apto para llenar su cometido de una manera conforme á los intereses de la Europa, con el beneplácito de los contemporáneos y la estimación de la posteridad.

Redactado este proyecto, convinieron en reunirse el 8 de octubre en casa de Mr. de Metternich, llamando esta vez, no á los seis signatarios del tratado de París,

sino á los ocho, lo que consistía en unir los representantes de Suecia y Portugal á los de Rusia, Francia, Prusia, Austria, Inglaterra y España. Mr. de Metternich comprometió á Mr. de Talleyrand á anticipar una hora la reunión, con el fin de ponerse de acuerdo sobre la redacción definitiva; y habiéndose anticipado Mr. de Talleyrand á los otros plenipotenciarios, Mr. de Metternich le dijo que había deseado esta confidencia para concertar con él la redacción que iban á proponer, y que seguramente le agradaría. Como la buscaba sin encontrarla, Mr. de Talleyrand le dijo con una sonrisa irónica, que algunas veces resplandecía en su helada fisonomía: «El acta está aparentemente en comunicación *en casa de los aliados*.—No hablemos más de aliados,» respondió Mr. de Metternich; después exhortó á su interlocutor á obrar con lealtad, y á dejar á un lado las reticencias, si quería de común acuerdo salvar los intereses que estaban comprometidos. Mr. de Talleyrand se defendió preguntándole cómo era que Mr. de Metternich le dejaba el cuidado de separar á la Prusia de Dresde y á la Rusia de Cracovia. Mr. de Metternich habría podido responderle que también él estaba atónito de ver á Mr. de Talleyrand tan solícito por los intereses del Austria, sin confiarla el cuidado de su salvaguardia. Pero era preciso entenderse y no zaherirse. Mr. de Metternich se esforzó en persuadir á Mr. de Talleyrand de que, pues le dejaban obrar, él conseguiría salvar los intereses que en aquel momento parecían tan amenazados. Mr. de Talleyrand, queriendo obligarle á que se explicara más, explicándose él mismo, le declaró que la Francia no pretendía nada para sí, que estaba pronto á firmar lo que decía, pero que había allí cosas en las cuales no consentiría jamás; por ejemplo, que no consentiría que la Prusia poseyese las plazas de Luxemburgo y de Maguncia, que se estableciese en Dresde ni que el Vístula pasara en poder de la Rusia. En cuanto al rey de Sajonia, añadió que era preciso que este príncipe se resignase á hacer algunos sacrificios, y que se resignaría; pero que si querían quitarle la totalidad de sus Estados, la Francia se opondría. A este punto, Mr. de Metternich, interrumpiendo á Mr. Talleyrand y cogiéndole la mano, le dijo: «Estamos más próximos á entendernos de lo que creéis. La Prusia no tendrá ni el Luxemburgo ni Maguncia; nosotros haremos cuanto podamos para conservar al rey de Sajonia la mayor parte de sus Estados, y para tener á la Rusia lo más lejos posible del Óder; pero calmaos y no nos creéis obstáculos inútiles.» Después habló á Mr. de Talleyrand de lo que éste no decía una palabra, á pesar de ser su objeto esencial. «Conozco la idea principal que os anima, le dijo (hacía alusión á Nápoles); la fuerza de las cosas os favorece, pero no precipitéis nada; ocasionaríais graves inconvenientes, que ni vos ni yo ni ninguno de nosotros podríamos dominar.»

Mr. de Talleyrand afectó sobre los negocios de Nápoles una completa indiferencia, diciendo que se trataba de una cuestión de principio, y no de familia, y que contaba con el buen sentido de la Europa para estar cierto de que no consentiría por más tiempo en Italia una situación que era á la vez un escándalo y un peligro.

Esta corta explicación amansó á Mr. de Talleyrand, quien desde aquel momento se encontró mucho más

dispuesto á transigir. Los otros diplomáticos estaban reunidos y fueron á juntarse con ellos. Asistían á la sesión Mr. de Nesselrode por la Rusia, Mr. de Talleyrand por la Francia, Mr. de Metternich por el Austria, messieurs de Hardenberg y de Humboldt por la Prusia, lord Castlereagh por la Inglaterra, el Sr. de Labrador por la España, el Sr. de Palmella por el Portugal y Mr. de Loewenhielm por la Suecia. Mr. de Gentz era secretario. Se leyeron los proyectos de declaración que quedaban por discutir: el que primero había propuesto Mr. de Talleyrand, y el que Mr. de Metternich había hecho redactar, adoptando una parte de la redacción francesa. Este último fué preferido por unanimidad, porque anunciando la reunión del congreso en el término de un mes, no perjudicaba en nada al principio de admisión. Mr. de Talleyrand, conociendo que era preciso ceder, pues había obtenido su deseo más importante, es decir, el compromiso de convocar el congreso; pero queriendo ganar aún más antes de rendirse, anunció que estaba pronto á adoptar el proyecto propuesto, si á la frase que decía que en el término de un mes se abriría el congreso, conforme *al deseo de los contemporáneos*, añadían estas palabras: *y al derecho público de la Europa*, las cuales, sin precisar nada, tenían en su mente una significación que consideraba de mucha utilidad.

Estas palabras suscitaron una tempestad. Los prusianos creían ver allí una alusión al rey de Sajonia y á su conservación, y se llenaron de espanto y de ira. Era verdad que se invocaba el derecho público para hacer de él una égida á la Sajonia, pero la alusión, clara para los unos, era muy vaga para los otros, y en todo caso las alusiones no deciden las cuestiones. Mr. de Hardenberg de pie, gritando como todos aquellos que no se entienden ni entienden á los demás, repetía: «Pero ¿qué necesidad hay de hablar del derecho público? No se hará seguramente nada contra el derecho público. Eso se comprende sin decirlo.—Si se comprende sin decirlo, se comprenderá mejor diciéndolo, replicó monsieur de Talleyrand.—Pero ¿qué hace al caso el derecho público?, dijo con obstinación Mr. de Humboldt.—Hace que vos estéis aquí, le contestó Mr. de Talleyrand; pues sin él, ni vos ni los demás estaríamos.» Esta irritación duró algunos minutos, y los diez graves diplomáticos hicieron tanto ruido como la más numerosa asamblea.

Lord Castlereagh, queriendo concluir se llevó aparte á Mr. de Talleyrand, y le habló en estos términos: «Si se os concede vuestra pretensión, ¿seréis más razonable?—Sí, dijo Mr. de Talleyrand, pero os pido un favor. Tenéis influencia sobre Mr. de Metternich, prometedme emplearla contra Murat.—Os lo prometo, contestó lord Castlereagh.—Dadme vuestra palabra.—Os la doy.» Después de este corto diálogo, el ministro británico se fué á decir á sus colegas que era difícil rechazar la inserción de una palabra tan respetable y tan inofensiva como la de *derecho público*; Mr. de Gentz y Mr. de Metternich fueron á repetir lo mismo á cada uno de los asistentes, y la palabra fué aceptada. Con fecha 8 de octubre se adoptó el texto siguiente:

## DECLARACIÓN

«Los plenipotenciarios de las cortes que han firmado el tratado de París del 30 de mayo de 1814, han tomado

en consideración el artículo 32 de este tratado, por el cual se acuerda que todas las potencias comprometidas por una y otra parte en la última guerra, envíen sus plenipotenciarios á Viena, para ordenar en un congreso general los arreglos que deben completar las disposiciones de dicho tratado; y después de haber reflexionado con madurez en la posición en que se hallaban colocados y en los deberes que les son impuestos, han reconocido que no sabrían llenarlos mejor que estableciendo desde luego comunicaciones libres y confidenciales entre los plenipotenciarios hasta la época en que las cuestiones que tienen que decidir hayan llegado al punto de madurez suficiente para que el resultado responda á los principios del derecho público, á las estipulaciones del tratado de París y á la justa esperanza de los contemporáneos. La apertura formal del congreso será transferida al 1.º de noviembre, y los dichos plenipotenciarios se lisonjean de que el tratado á que se consagra ese tiempo, fijando las ideas y conciliando las opiniones, adelantará la gran obra que es el objeto de su misión común.

»Viena, 8 de octubre de 1814.»

Nadie en Viena desconfió del sentido de estas palabras: *los principios del derecho público*, y cada uno quiso ver en ellas una primera ventaja en favor de la Sajonia. Esto fué objeto de gran regocijo para los alemanes que, con una sola excepción, la de los prusianos, hacían ardientes votos por la conservación de aquel Estado. Y aun entre los prusianos, había algunos que juzgaban que la Sajonia era una adquisición caramente comprada si era preciso pagársela á los rusos con el abandono de la Polonia. Por tanto, debían agradecer á la legación de Francia sus esfuerzos para contener la ambición de ciertas potencias, y para hacer reconocer los derechos que tenían todos los Estados á ser atendidos en el congreso; pero este triunfo debiera haberla bastado, porque no se había obtenido sin muy graves inconvenientes, sobre todo el de repetir hasta la saciedad que nosotros estábamos satisfechos; que no teníamos nada que desear, y el no menos enojoso de herir tanto á la Inglaterra como al Austria, de las que teníamos bastante necesidad en la política de restricción en que habíamos entrado.

Sin duda alguna, si nosotros hubiésemos adoptado resueltamente el partido de la Prusia y de la Rusia, lo que aconsejaba la política, lo que la justicia, al menos en cuanto á nosotros, no nos lo impedía ni con respecto á la Sajonia ni á la Europa, no habríamos tenido que guardar tantos miramientos, pues la Prusia y la Rusia eran por sí mismas tan ardientes, tan poco reservadas, que no habríamos tenido necesidad de contenernos mucho más que ellas, y por otra parte, reunidas las espadas de la Francia, de la Prusia y de la Rusia, estaban dispensadas de tener prudencia. Pero habiendo tomado el partido contrario, aquel que consistía únicamente en salvar á la Sajonia, y á lo sumo en despojar á Murat y á María Luisa, era preciso doblegarse á las susceptibilidades, á la debilidad del partido meticuloso al cual nos habíamos asociado, y no supeditarle mucho por quererle servir mejor. En efecto, lord Castlereagh y Mr. de Metternich temblaban comprometerse, obrando en el mismo sentido que nosotros. Sobre todo Mr. de

Metternich temía que fuéramos demasiado aprisa, pues como ya hemos dicho, por tener doscientos cincuenta mil hombres en Bohemia, Galitzia y la Moravia, no había dejado más que cincuenta mil en Italia, y no quería que se tratara la cuestión de Murat sino después de la de Sajonia. Los mismos alemanes, tan contentos entonces con nosotros, exigían grandes consideraciones, pues en su antigua desconfianza de la Francia, siempre estaban prontos á temernos si nos veían convertidos en demasiado agitadores y demasiado activos. El miedo de cooperar con nosotros era aún tal, que Mr. de Metternich y lord Castlereagh habían dirigido furibundos ataques al señor de Labrador porque había modelado su conducta por la nuestra, y le habían dicho que obrando la España de aquel modo demostraba hacia la Europa la más negra ingratitud.

Era preciso, pues, después de haber evitado hábilmente las exclusiones humillantes, como lo había hecho Mr. de Talleyrand, no ir más adelante respecto de personas que, teniendo necesidad de nuestro concurso, se exponían tanto á ser salvados por nosotros como á ser devorados por la Prusia y la Rusia. Con frecuencia sucede en la política lo que en el comercio; la oferta aminora el valor de las cosas, así como el pedido lo realza si se sabe esperar. Dejando desear nuestro concurso en el negocio de Sajonia, que nos interesaba á medias, estábamos más seguros de hacérselo pagar bien con los de Nápoles y Parma, que nos interesaban mucho más, al menos desde el punto de vista en que se había colocado el gabinete francés. Contener los intereses alemanes, colocarse detrás y no delante de ellos, era, pues, la más digna y la más ventajosa política.

Sobre todo, los intereses alemanes estaban lejos de descuidarse. Las potencias germánicas de segundo orden mostraban una animación extraordinaria contra lo que ellas llamaban la avaricia de la Prusia, la tiranía de la Rusia, la poca habilidad de la Inglaterra y la debilidad del Austria. A la cabeza de las más animadas estaba la Baviera. En efecto, esta potencia tenía muchos motivos para no dejar sacrificar á la Sajonia, cuya existencia era necesaria al equilibrio germánico, y cuyo solo crimen consistía en haber sufrido la alianza francesa, que la Baviera había buscado en lugar de sufrirla. Verdad es que, suprimida la Sajonia, la Baviera, con los otros Estados que quedaran, sería demasiado débil para resistir á la influencia del Austria y de la Prusia, siempre dispuestas á unirse cuando se trataba de someter á su dominación el cuerpo germánico; pero la Baviera, además de las razones que tenía para defender á la Sajonia, contaba también los medios de hacerlo. Estaba muy bien representada en Viena y además del rey, que se hallaba en persona, había nombrado para su representante en el congreso al príncipe de Wrede, quien á pesar de sus defectos militares, era uno de los generales más estimados de la coalición, gozando por lo tanto de mucha influencia. El príncipe de Wrede no vacilaba en decir (y su rey no le desmentía), que era preciso salvar á la Sajonia, aunque tuviese que apelarse á la guerra, no desconfiar de la Francia, aceptar su apoyo si quería darlo y servirse de él para que la Prusia retrocediera hasta el Brandeburgo y la Rusia al otro lado del Vístula. Ofrecía cincuenta mil bávaros, frecuentaba mucho la casa de Mr. de Talleyrand y la del duque de Dalberg,

é insistía en que avanzasen aún más de lo que avanzaban. Sin embargo, el rey de Baviera, por temor de que su antigua intimidad con la Francia inspirase recelos, no se atrevía á visitar á Mr. de Talleyrand, aunque le dirigía los más afectuosos mensajes en el sentido de nuestra política.

Había otro Estado alemán que prestaba á esta política un notable concurso: este Estado era el Hannover, independiente desde 1813. Ya hemos dicho que, simple elector de Hannover, el rey de Inglaterra no quería tener en Alemania un título inferior que el soberano de Wurtemberg, calificado de rey por Napoleón y revestido con el título real, que todo el mundo se había apresurado á concederle. El Hannover estaba representado en el congreso por Mr. de Münster, quien se había pronunciado en favor de la Sajonia; pero después de algún tiempo el ministro hannoveriano no se hallaba siempre en completa armonía con el ministro británico, quien seguía una marcha exclusiva y determinada á la vez por el interés de Inglaterra y por el del gabinete en el parlamento. Sin embargo, el Hannover podía prestar un gran servicio á la Alemania: éste era hacer que el príncipe regente de Inglaterra influyera con los ministros ingleses para iniciarlos en favor de la Sajonia; y como veremos más tarde, esta influencia tenía que ser de grande utilidad. El Hesse, Baden y casi todos los pequeños Estados de Alemania, estaban prontos á unirse á la Baviera, Wurtemberg y Hannover, para hacer una manifestación en favor de la Sajonia, y no esperaban más que la señal de los Estados principales. Con el fin de ocupar á los príncipes alemanes, á pesar de la suspensión del congreso y de todo trabajo oficial, se formó un comité compuesto del Austria, Prusia, Baviera y Wurtemberg y Hannover, para redactar un proyecto de constitución germánica y se dió la presidencia al rey de Baviera, para indemnizarle de que no formara parte del gran comité europeo. En este comité alemán, donde dominaba el espíritu de los príncipes de segundo orden, manifestaban de todos los modos posibles la resolución de defender la independencia de los Estados germánicos contra la ambición de los confederados con demasiado poder ó demasiado ambiciosos.

En fin, á este desvelo germánico se unía el desvelo austriaco, que, aunque disimulado ante los miembros del gabinete de Viena, por las razones que hemos expuesto, se manifestaba sin rebozo en el seno de la nación, de la corte y del ejército. Especialmente en el estado mayor austriaco se sentía y se revelaba una verdadera ira contra el doble proyecto de la Prusia y de la Rusia, pues para el Austria tan alarmante era uno como otro. Los militares austriacos, que tenían la pretensión de haber servido á la causa europea casi tanto como los otros ejércitos aliados, pues decían que sin ellos los rusos y prusianos, rechazados hacia el Óder por las derrotas de Lutzen y de Bautzen, hubieran sido arrojados sobre el Vístula, los militares austriacos preguntaban que si, por premio de su sangre, les iban á crear una situación peor que la dominación de Napoleón, y si decididamente iban á tener alrededor de las montañas de Bohemia, á los rusos á la derecha y á los prusianos á la izquierda, y entregar á sus comunes enemigos los desfiladeros donde el gran Federico y Napoleón habían dado á conocer su alta importancia. Aunque poco inclinados

á volver á emprender la guerra, no vacilaban en decir que, puesto que estaban prontos, más valía llevarla á cabo en seguida que aguardar á trazarla, con el fin de impedir una doble y desastrosa usurpación. En efecto, el Austria tenía doscientos cincuenta mil hombres, que podían inmediatamente entrar en acción, en Bohemia, Galitzia y Moravia; los otros Estados alemanes podían dar cien mil, la Inglaterra, ocupada en América, no podía hacer nada, y siendo seguros ciento cincuenta mil franceses, según ellos, con una fuerza efectiva de quinientos mil hombres, el triunfo era infalible.

Dejando fermentar todos estos sentimientos sin mezclarnos mucho con ellos, teníamos la certeza de representar bien pronto un gran papel, de tener una influencia decisiva en la política adoptada por la Francia. No obstante, los dos hombres que estaban encargados de desenlazar los hilos tan embrollados de la política europea, lord Castlereagh y Mr. de Metternich, el uno sencillo, juicioso y firme, pero algunas veces inhábil; el otro profundo, infinitamente diestro, con formas alemanas, querían desatar este nudo gordiano sin emplear la espada de Alejandro, pues esta espada sería siempre la de la Francia, y llamar á sí los ejércitos franceses en Alemania les parecía á la vez un singular contrasentido y un grave peligro. Además, acordes en sus fines, no lo estaban en los medios que debían emplear. Mr. de Metternich, aunque manifestando una gran paciencia en su oposición, para evitar una ruptura, no quería ceder ni á la Prusia ni á la Rusia. Lord Castlereagh, por el contrario, hubiera deseado contentar á la Prusia, atraérsela, y servirse de ella contra la Rusia, lo que le conducía á librar á la Sajonia por salvar á la Polonia. Esta disposición de lord Castlereagh estaba basada en la manera de entender los intereses británicos, peculiar á los ministros de aquella época, y que tenemos necesidad de explicar para que puedan comprenderla nuestros lectores.

El bloqueo continental había causado tal terror á los ingleses, que temblaban sin cesar de que volviera á emplearse, si no por orden de Napoleón, al menos por la de los Borbones, razonamiento tan malo como lo son todas las concepciones del miedo. Por esta preocupación, los ingleses habían confiado á la casa de Orange el litoral del Norte, dando á esta casa la Holanda y la Bélgica; y temiendo que aun así no sería bastante fuerte, le habían procurado la alianza de Hannover, que ellos se proponían reforzar, y la de la Prusia, á la cual habían impuesto, por decirlo así, algunas provincias rhinianas, para que necesariamente fuera nuestra enemiga.

Temiendo no haber ligado bastante á la Prusia con esta causa, estaban prontos á entregarle la Sajonia, lisonjeándose de paliar ante el parlamento este abandono, al motivarlo en el sistema de las alianzas británicas. Pero como no estaban ciertos de que este mismo parlamento pasara por el sacrificio de la Polonia, se hallaban resueltos á resistir á la Rusia, y querían para esto desunir de ella á los prusianos, cediéndoles la Sajonia, y de este modo se proponían aislar á la Rusia, á fin de que viéndose sola abandonara su presa.

Esta política tan complicada disgustaba á Mr. de Metternich, que tenía tanto deseo de salvar á la Sajonia como á la Polonia; pero no es tan fácil hacer entrar en razón á los ingleses cuando éstos han comprendido á su modo su interés, y Mr. de Metternich, conociendo que